

C A R A Y Por IGNACIO AGUSTI C R U Z

palmetazos al príncipe

UN escándalo más pequeñito ha venido oportunamente a moderar el tremendo escándalo político provocado en Inglaterra por el asunto del ex ministro de la guerra Mr. Profumo y la modelo Cristina Keeler. Esta cuestión, por mitad escabrosa y laborista, ha sido ya suficientemente debatida y parece ser que suficientemente juzgada por la llamada opinión pública. En el fondo, y vista —demasiado vista— la arrogante y juvenil desfachatez de la causante del descalabro político, sería bastante oportuno recordar aquello de que «tira la primera piedra quien sea libre de culpa». Por ello quizá, como contrapartida casual y preventiva, ha habido un escándalo minúsculo que ese sí cae dentro de la línea de la mejor tradición británica. El hecho es el siguiente: el príncipe Carlos, heredero de la Corona, ha bebido, antes del almuerzo, una copita de jerez.

Dejando al margen de la cuestión lo que ésta tiene de homenaje absolutamente impagable a nuestros caldos jerezanos, precozmente elegidos como aperitivo por el joven príncipe, la cuestión ha planteado severos problemas en la corte inglesa y en la susceptible sensibilidad popular que sostiene y entroniza a la Corona. No quedan muy distantes las fechas de la boda de la princesa Alejandra, en la que, visiblemente, el joven príncipe Carlos, según las fotografías de los periódicos y revistas, alteró el protocolo, basculó impaciente entre la rigidez de los demás y, en una palabra, anduvo más suelto que engolado, tendencia contraria a los cánones y a las normas. Pero lo de ahora ha sido grave, hasta el punto de merecer un comunicado oficial del Palacio de Buckingham. El comunicado manifiesta que, efectivamente, los rumores que corrían son ciertos en el sentido de que el lunes 17 de junio, en Stonoway, de las Islas Hébridas, el regio adolescente había infringido la ley que en Inglaterra prohíbe a los menores el consumo de bebidas alcohólicas. La rapidez con que el comunicado ha aparecido indica la necesidad en que la Corte se halla de aclarar por sí misma cualquier cuestión que pueda tachar su prestigio —que es, por cierto, muy sólido gracias a esta puritana transparencia. El príncipe Carlos se halla en las Hébridas a bordo del yate-escuela «Pinta» y en una de sus escalas, en Stonoway —aprovechando que el detective privado que le acompaña fué a una sesión de cine—, con tres amigos, en el bar del hotel y por la suma, que pagó de su bolsillo, de dos chelines y seis peniques; ingurgitó la breve pero comprometedor copita de jerez.

En el plano llano de las realidades el suceso no demuestra otra cosa sino que el joven príncipe no difiere, en sustancia, de otro cualquiera de los muchachos de su edad. El cigarrillo que todos hemos fumado de tapadillo, el descubrimiento precoz de las cosas que parecen patrimonio exclusivo de los adultos, inducen a la «hombrada» de los muchachos de catorce años, y ello es normal, aunque sean herederos a la Corona. Pero, evidentemente, en este caso se trata de la transgresión de una ley por quien debiera ejemplarizarla. Y el castigo le será seguramente aplicado al príncipe con el rigor equivalente a su rango; es decir, será un soberano castigo.

La drástica educación de los muchachos ingleses hasta muy avanzado el siglo XIX produjo en Dic-

kens una reacción que nos ha legado en sus páginas más enternecedoras y brillantes. De ellas ha quedado un resabio, como corriente interna que cruza el temperamento de los hombres, en la estructura social misma de los ingleses, en lo estricto de sus normas sociales, ejemplares en muchos aspectos, aunque puedan parecer antiguallas en un mundo con tendencia a desabrocharse y a gesticular. Por eso destacan tanto en algunos casos excepcionales los inconformistas con tal lo sean dentro de la estructura ideal del conjunto: se admitían, respetaban y aplaudían las diatribas de Bernard Shaw, justamente porque eran una disonancia típicamente británica, inconfundiblemente inglesa, del monótono estadió social. Y en el prestigio de los príncipes, parte de esa «originalidad» que no altera las normas, sino que les da color, ha sido una base no desdeñable del prestigio de la Corona. Eduardo VII, cincuentón ya y todavía príncipe de Gales, marcaba modas y excentricidades; y su lar-

alarma pedagógica

recientes estudios de la psicología infantil y por la pedagogía derivada de ellos, nos ayudan a considerar la oportunidad o eficacia de los sistemas educativos actuales, basados muchas veces en disciplinas mentales exhaustivas y deprimentes, aunque no sean tan aparatosas como los golpes o palmetazos dickensianos. Muy recientemente, ese aspecto de la educación de los jóvenes ha preocupado en Francia a pedagogos y a padres de familia, los cuales acaban de fundar una institución llamada de «defensa de la juventud escolar». Según el llamamiento o programa de la amplia institución, formada por nombres de la máxima autoridad pedagógica, los actuales sistemas de educación se exceden desmesuradamente; postulan, pues, por una renovación de la pedagogía para evitar el funesto «surmenage» escolar que aflige al temperamento y al propio rendimiento de los jóvenes. Según un informe del doctor Pierre Delthil, secretario general de la Asociación francesa de Medicina e Higiene escolar «se exige un esfuerzo de cuatro o cinco horas de trabajo intelectual a muchos escolares sólo capaces de rendir sin perjuicio una actividad de dos horas». Añade el informe que muchos profesores, considerando esencial sólo su propia asignatura, sobrecargan de deberes y de trabajos a los alumnos, sin conexión con la total panorámica pedagógica a que están sujetos los muchachos. Existe aún la idea primaria del rendimiento intelectual sujeto a las consideraciones de que el estudio es, por parte de los muchachos, sólo una inversión de los padres, que hay que amortizar inmediatamente. Podríamos añadir que la base de la «deshumanización» de la enseñanza está en el hecho de que se pretende poner tumultuosamente al corriente a los muchachos, en el corto período de ocho o diez años, de todo cuanto

después les sirva para un licenciamiento elemental ante la vida; aun sin negar esa función primordial de la pedagogía, el hecho es que, precisamente, es después de esa etapa cuando el chiquillo se encuentra —y se encuentra— en la facultad plena de elegir e incluso de asimilar. El tema sería materia para ser tratada de otro modo y por quien tuviera autoridad para hacerlo, pero si la alarma ante el hecho ha cundido en Francia, pensamos que no está de más atraerlo a la atención de nuestro propio país.

Los «tests», la información previa sobre el escolar y su capacidad, la inclinación y facultad de sus reservas intelectuales y temperamentales, debieran ser norma esencial en los sistemas pedagógicos. Ha pasado verdaderamente a la historia aquello de que «la letra con sangre entra». Las disciplinas a que está sujeto el muchacho en nuestro tiempo son, por un lado, demasiadas y, por otro, insuficientes. Hay asignaturas y conocimientos que no prevalecerán en el futuro hombre que ahora está pendiente de los exámenes. Y ocurre que el conocimiento inútil de ciertas disciplinas produce en el estudiante una confusión que altera el conjunto de su estructura intelectual e incluso moral. «Las dificultades del sistema que pagan los alumnos —dice el texto de la declaración formulada en Francia—, pero que indirectamente afecta a los padres y a los profesores, se traduce en fatiga, nerviosismo, desgana por el estudio, reacciones negativas que son defensas del instinto de conservación, fracasos escolares y trastornos muchas veces de largo alcance».

En definitiva: el palmetazo decimonónico nos causaba terror; pero no vayamos a creer que la formación intelectual dependa exclusivamente del acopio de manuales que metamos a la fuerza en la mente infantil. Se trata de acompañar al muchacho hacia su plenitud intelectual, en la medida del mejor —pero no del máximo— rendimiento,